
Los lectores de habla castellana tienen la oportunidad, con esta edición, de entrar en contacto con los tan debatidos estudios sociológicos de C. Wright Mills. El texto es un conjunto de análisis, experimentos, y consultas públicas de temas económicos y políticos, en general, que preocupan a las generaciones actuales, recogidos en un enfoque moderno de lo que actualmente ya muy especialmente en los países anglosajones se denomina política social. El autor no se limita a presentarnos los grandes problemas de nuestro tiempo agudizados por una estructura social y organización política que devienen insuficientes frente a las nuevas exigencias de democratización y derechos del hombre. Nos muestra las soluciones adecuadas, surgidas del criterio común y de las opiniones de las gentes más afectadas por las contradicciones internas del sistema capitalista, y por la corrupción de las élites detentadoras del poder político.

Si el tratado no fuera más que esto, estaríamos en presencia de un enfoque pragmático más, estadístico y de costos alcances. Y no es así, pues Wright Mills, fue gran conocedor de la metodología y ciencia política, de las concepciones clásicas y de las aportaciones históricas. A diferencia de algunos grandes sociólogos que le precedieron (p. e. Max Weber cuya influencia en C. W. Mills apreciamos como decisiva), no se...
limitó a explicarnos cómo es la sociedad contemporánea del hombre. Mestró soluciones, frente a las degradantes desigualdades sociales, y raciales. No fue el radiólogo que exhibe las placas impresas, sino el político, que sugiere soluciones esquemáticas, no dogmáticas, propiciadoras del diálogo.

Wright Mills critica el sistema social en visión radiográfica. Expone los males y deficiencias de la estructura social. Las soluciones no nos las ofrece directamente, pero el lector las advierte a través del contexto y de las aceratas críticas a “las gárgolas y élites políticas”, a los “grupos de cuello blanco” y sorprendentemente dedica un inciso (VII de la tercera parte) a “las mujeres, como adorables... esclavas”. C. Wright Mills, recurre, con frecuencia a la táctica de valerse de los grandes sociólogos, materialistas y economistas de nuestro tiempo, para enunciar problemas que quedan ahí, en la mera enunciación. Por ejemplo, en la p. 29 afirma que “Para Weber, la racionalidad impersonal está en el polo opuesto al carisma personal, el extraordinario don de los líderes. Para Veblen, la tecnología ampliamente expresada, se opone a las instituciones irracionales. Y para ambos, independientemente de los demás aspectos en los que puedan diferir, el polo racional, técnico, de la historia prevalecerá; crece hasta dominar la vida social en Occidente... Lo irracional se identifica con los líderes carismáticos (Weber) o con una “democracia de emociones” (Sheller) o con las “masas institucionalizadas” (E. Lederer) o con “instituciones peculiares” (Veblen). Autores que siguen a Pareto y acentúan los cambios revolucionarios y las discontinuidades históricas al precio de las estructuras pueden contemplar la realidad y bajos los ensambles de las élites oscilantes”.

El pragmatismo de W. Mills, está aislado y precedido de un profundo conocimiento de los grandes sociólogos del presente y del pasado. Por ello, y su personal estilo tendiente (jíronicamente) a la abstracción, este autor solamente puede ser interpretado por la minoría intelectual. El popularizarlo, eizar a su alrededor banderas y banderas, sería tanto como repetir con él la deformación que el dogma e ignorancia de los más han hecho de la escuela marxista. El propósito de Mills por llegar a las masas queda frustrado desde el principio de su obra. Salvo en su “Escuela yanqui” en el que tanta concesión hay a la galería, en este libro que glosamos los enfoques sociológicos alcanzan altos niveles de la abstracción filosófica, incomprensible para el hombre de la calle.

Nuestro autor, al igual que hiciera Gunnard Myrdal con su “sociedad opulenta” (Edic, en cast. del Fondo de Cultura Económica) ha tomado a los Estados Unidos de Norteamérica como modelo de la estructura capitalista. En estos, nuestros tiempos, en que impuso el uso, y abuse, del horrible término de la despolitización, nos confronta que C. W. Mills preconoce la politización sindical en un movimiento obrero independiente “fructificado por intelectuales pro-obreros” (p. 47). Con mayor razón no podríamos aceptar el cálido y débil movimiento obrero norteamericano, como modelo de sindicalismo, dado que las organizaciones obreras del vecino país nunca integraron actividades decisivas. Ni para sus propias y peculiares reivindicaciones internas, ni para las que les correspondieron como sección de las grandes Internacionales Obreras. P. E. las de la Segunda Internacional en la que el laborismo inglés, el revisionismo austriaco, la Unión General de Trabajadores de España, y la C. N. T. francesa desempeñaron trascendental avanzadilla de la política internacional entre las posguerras de 1918 y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en 1939. Véase si no cómo algunos puntos del programa de la Segunda Internacional fueron reconocidos por la O. I. T.
Si ciertas actividades personales de C. Wright Mills no lo presentaban involucrado bajo los pliegues de ciertas banderas políticas, nuestro autor hubiera acabado siendo reconocido como creador de escuela. Pero el prejuicio de unos y la interpretación vulgarizada de los otros, impiden que ocupe el lugar académico que le corresponde. Posiblemente podría iniciarse la tarea si las obras de C. Wright Mills ocuparan los anaqueles de Seminarios y recintos universitarios, que el prejuicio ha vedado. Enunciamos la presente glosa con un deseo: llamar la atención del universitario sobre el filón inexplorado —o lo que es peor, inadecuadamente explorado— de la teorética de Mills.

En el inicio titulado “Diagnóstico de nuestro malestar moral” (pp. 257 y ss.) contra con acierto G. W. M. el problema, al afirmar que la “corrupción en el gobierno es un aspecto de una inmoralidad más general, y que nuestro nivel moral se debe ahora, esencialmente, a una sociedad corruptora”. Aunque el inicio está fijado sobre los EE. UU. necesariamente es aplicable a las sociedades políticas del presente, tanto para las de capitalistas como para las de pretendida estructura diferente, que no son estudiadas por el autor lo que transforma su investigación, en limitada, por parcial. De posistemático lamentablemente cerrado —como si la labor del sociólogo consistiera en limitarse a contemplar las radiografías sociales, perdiendo la perspectiva de buscar las soluciones adecuadas que contrarresten los males imperantes—, se muestra en los párrafos siguientes:

“El malestar moral de nuestra época en la política y la economía, la vida familiar, las instituciones educacionales y aún las iglesias se debe a este hecho clave: los viejos valores y códigos de conducta honesta ya no nos sostienen, ni han sido sustituidos por nuevos valores y códigos que dan sentido y sanción moral a las rutinas vitales que debemos seguir. No es que hayamos rechazado explícitamente los códigos recibidos; es, más bien, que para muchos de nosotros han quedado vacíos. Ya no hay en nuestra disposición términos morales de aceptación, estamos moralmente indefensos; como grupos, somos políticamente indiferentes. Es esta falta de compromiso lo que explica que la mitad de nosotros no votemos en las elecciones presidenciales. Y esto quiero decir que nos encontramos moralmente confundidos” (p. 258).

“La causa inmediata de muchos delitos... es que ahora hay muchas leyes en los libros que no son sentidas de corazón. La gente... las obedece no porque sienta que esto es moralmente justo, sino porque tiene miedo de que le atrapen... Las leyes sin convicciones morales que las apoyan invitan al delito, pero lo que resulta mucho más importante, alientan el desarrollo de una actividad oportunista, amoral... La honestidad puede ser la mejor política, pero la honestidad no basta. Si los funcionarios públicos han de ser moralmente responsables debe haber, también, un sentido, de un fin moralmente político. Porque en política, los que no tienen creencias morales pueden convertirse en instrumentos de quienes las tienen”.

Terminamos haciendo muestas las palabras del autor, que entregamos de la p. 265: “La dificultad para resaltar su (un) libro consiste en que contiene tanto material interesante que nos gustaría referirnos a todo; pero es tan estimulante que desearíamos comentarlo con todo detalle.”

Salvamos la imposibilidad de hacerlo, dada la falta material de espacio con que oblidamente se desenvuelve todo resesista, remitiendo al lector a la lectura del texto que hemos comentado, en algunas de sus aspectos esenciales.

Aurora ARNÁIZ,
Profesora de la Facultad de Derecho de la U. N. A. M.